



Discurso Acto solemne en la festividad de Santo Tomás de Aquino

P. Antonio Allende Felgueroso, SJ
Rector Magnífico

Acto de Santo Tomás de Aquino
Día de la Comunidad Universitaria
28 de enero de 2025

Discurso Acto solemne en la festividad de Santo Tomás de Aquino

P. Antonio Allende Felgueroso, SJ
Rector Magnífico



*EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR
NUNCIO APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EN ESPAÑA,
RECTORES GUIBERT Y MARTÍNEZ,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES E INVESTIGADORES, ALUMNOS,
PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
SEÑORAS Y SEÑORES.*

Es un honor dirigirme a vosotros en este acto académico conmemorativo en la festividad de Santo Tomás de Aquino, patrono de las universidades y del conocimiento. Hoy celebramos, con orgullo y gratitud, el día de nuestra comunidad universitaria, un espacio donde convergen el esfuerzo, el talento y el espíritu crítico que nos caracteriza. Esta celebración nos invita a reflexionar sobre la importancia de fortalecer los lazos que nos unen y renovar nuestro compromiso con el conocimiento y el servicio a la sociedad. En este marco, quiero dedicar unas palabras a la figura de Santo Tomás de Aquino, un referente atemporal que, con su síntesis de fe y razón, nos invita a buscar la verdad con humildad, apertura y rigor.

La figura de Tomás de Aquino es inconmensurable. A pesar de no ser calificado de *magno*, como su maestro Alberto, los efectos de su magisterio lo superaron y han llegado hasta nuestros días. Para el teólogo Max Seckler, es el emblema de lo que el catolicismo deseó ser, al menos desde el final de la Edad Media. Cincuenta años después de su muerte, acaecida el 7 de marzo de 1274, fue elevado a los altares, y, 250 años más tarde, proclamado doctor de la Iglesia. Podemos decir, sin miedo a exagerar, que Tomás no fue santo y teólogo, sino santo como teólogo y filósofo. En su continua búsqueda de la verdad Tomás se embarcó en una tarea capaz de llenar de sentido cuantas vidas se tuvieran, y lo hizo con

humildad (con un italiano naciente y un latín sin las glorias de los clásicos), con rigor y dedicación total, desde que, con 30 años, en 1256, recibiera el título de *Magister theologiae* en la Universidad de París.

Los dieciocho años de vida que le quedaban desde entonces hasta su muerte fueron de trabajo intenso y sin tregua, con una apertura de miras verdaderamente católica, universal, que sorprende aún hoy día, si se compara con las estrecheces de cierto tomismo posterior. Como han mostrado las investigaciones recientes sobre su persona y su obra, hay una diferencia notable entre la frescura y viveza de la obra tomasiana, abierta, inconclusa y fragmentaria, y la voluntad de sistema cerrado de la teología que hemos llamado tomista posterior. Si viviera en nuestros días, probablemente, Tomás no sería «tomista», sino un incansable buscador de la verdad, pues fue siempre un creyente abierto y audaz, que tenía en su mesa de estudio todos los manuscritos que era capaz de conseguir de muy diversos pensadores, independientemente de sus ideas o de que estuvieran prohibidos o no, con la convicción de que se puede aprender de todos. Os invito de corazón a profesores y estudiantes, a tener esta audacia, a no confundir la creatividad intelectual con su imprescindible momento técnico o de investigación, como recordaba ya en los años 50 del siglo pasado Julián Marías, sino a tener el valor del contacto vivo con los problemas vivos, en una convivencia real entre las varias generaciones que haga de nuestra universidad una verdadera *alma mater*, en donde el diálogo interdisciplinar y el encuentro entre los que piensan de manera distintas, sea seña de nuestra identidad. En un mundo de polarizaciones y trincheras, una universidad como la nuestra debería proporcionar un espacio tranquilo y sosegado donde las ideas tengan tiempo de desarrollarse, lejos de la inmediatez y de la prisa por la recompensa fácil que tanto interfiere con una auténtica labor intelectual.

Además, esta necesidad de encuentro interpersonal no va a poder ser sustituido por ninguna máquina, por generativa que sea. En un momento en el que gran parte de nuestros planes estratégicos, encuentros académicos o conversaciones, se centran en la Inteligencia Artificial y en su influencia en nuestras vidas y en nuestra actividad, este recuerdo de Santo Tomás, nos invita a considerar si los sistemas de la inteligencia artificial, incluidos los más avanzados, son capaces de dialogar en un sentido plenamente interpersonal. Tal vez, como señala el profesor Javier Barraca podrán aparentarlo, fingirlo.... Pero el diálogo auténtico el diálogo del encuentro entre un tú y un yo reales, y responsables está reservado a los sujetos personales, no a los artefactos.¹

Santo Tomás aprendió de su maestro Alberto una de las definiciones más hermosas y profundas que se hayan dado nunca de la universidad. Se encuentra en un pasaje de su comentario al libro segundo de la *Política* de Aristóteles, y reza así: «La dulzura de la vida en común de maestros y discípulos en la búsqueda de la verdad». La definición tiene la belleza de una elegante fórmula matemática, y es de una actualidad tal que parece escrita para hoy, más que para la universidad que entonces nacía. Es una definición que le encanta al filósofo catalán Josep Maria Esquirol, quien ha podido decir que, si nos resulta exótica, ingenua o angelical, es síntoma del mal que padecemos, de la barbarie a la que asistimos atónitos. Y es que *universitas* significa, en primer lugar, comunidad, convivencia de maestros y discípulos, cuidado y diálogo mutuo, y, solo después, universalidad de los saberes y del conocimiento, de modo que como fruto de ese diálogo y de

1 J. Barraca. "Sobre la influencia de la IA en la vida del sujeto humano concreto: y una pregunta en primera persona", en inteligencia artificial y humanismo, Juan Benavides y José Antonio Vega (eds.) Páginas 128 133 coma y editorial kolima, Madrid.

encuentro entre las personas diferentes se puedan tratar todas las disciplinas posibles y no se cercene ninguna dimensión del mundo y de la realidad humana digna de ser investigada.

Llamo la atención sobre la palabra dulzura: «La dulzura de la vida en común de maestros y discípulos en la búsqueda de la verdad». No se dice competencia por el reconocimiento, ni individualismo, ni tener un expediente de 10, ni servilismo a las supuestas necesidades de la sociedad, pues estar a su servicio no significa satisfacer acríticamente una por dichas necesidades, sino aportar algo diferente, influir en la dirección del bien y la reflexión crítica. Pienso en especial en vosotros, alumnos y profesores: entiendo que cuando calificamos este estudio de dulzura hoy, nos referimos con Santo Tomás a que es un quehacer que vale por sí mismo, aunque nunca se dedique uno en el futuro a lo que ha estudiado, como dice el número 361 de las Constituciones de la Compañía de Jesús: “se persuadan los estudiantes de no poder hacer cosa más grata a Dios en los Colegios, que estudiar con la intensidad dicha, y que aunque nunca llegasen a ejercitar lo estudiado, el mismo trabajo de estudiar tomado por amor y obediencia, sea obra muy meritoria”. Esto es, la dulzura, es el placer de saber y de compartir con otros la tarea de profundizar en el saber.

Pero este empeño no es una cuestión estética, casi romántica, es una cuestión moral, el compromiso a instalar de por vida nuestra existencia sobre la búsqueda de la verdad. Tomás estudió en Aristóteles (*Ética a Nicómaco*) que la sabiduría teórica o práctica, tanto da, no cabe en una mala persona o en un bárbaro, pues supone las virtudes morales de la justicia, la paciencia, la fortaleza (que podríamos traducir hoy por heroísmo o valentía) y la templanza. La historia reciente de la humanidad demuestra con creces el mal que se infringe a los demás cuando falta todo esto. Una mera capacitación técnica en un sujeto sin ética es, según la imagen de Aristóteles, tanto como darle un puñal a un niño. Ayer

celebrábamos el 80 aniversario de la liberación de Auschwitz. El encuentro con este horror nos advierte del peligro de creer que la simple adquisición de conocimientos nos hace mejores. En la conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942 cerca de Berlín, donde se decidió la sistemática exterminación de los judíos europeos durante la Segunda Guerra Mundial, de los 15 participantes, 7 eran doctores universitarios.

Por ello, en esta fiesta de santo Tomás de Aquino, os animo a todos, profesores, estudiantes, personal no docente, a no ceder en este empeño de dotar de ética a nuestra oferta educativa. Nuestro lema de conscientes, competentes comprometidos y compasivos, expresa muy bien cuál es el sentido último de nuestro proyecto educativo: no cabe duda de que la capacitación técnica es necesaria, no cabe duda que el buen análisis de las circunstancias y del contexto son necesarios, pero es igualmente necesaria la compasión y el compromiso con un mundo sufriente y una sociedad que necesita sanación. Pero esto es algo que no solo se puede aprender en los libros. Necesitamos tener la experiencia de que hay lugares en donde esto se puede vivir y por eso os animo, nos animo, a todos, profesores, estudiantes, personal no docente, a no ceder a la frialdad y al desinterés por los otros, por todos los que formamos la comunidad universitaria de Comillas, antes bien, a cuidarnos unos a otros sin paternalismo y en libertad; a cultivar el espíritu reflexivo y crítico que impida cualquier tipo de polarización y otras violencias.

Pero vuelvo a la definición anterior que termina diciendo «en la búsqueda de la verdad». Tomás gustaba afirmar algo que había aprendido leyendo el Ambrosiaster: toda verdad, la diga quien la diga, un niño o un anciano, Agamenón o su porquero, viene del Espíritu Santo, que es tanto como afirmar que la verdad y la realidad son la misma cosa. Por tanto, toda afirmación pública sobre la verdad tiene que estar dispuesta al debate en el ágo-

ra. De ahí las famosas *quaestiones disputatae*. Más que de una técnica o combate de esgrima intelectual eran la posibilidad de escuchar todas las voces, vengan de donde vengan, de no minimizar los argumentos ajenos ridiculizándolos o argumentando *ad hominem*, sino, con gran responsabilidad ética, encontrarse con los otros en un diálogo franco en el que se valoran sus supuestos con un método riguroso y objetivo, lo que es tanto como tomarlos en serio con honestidad intelectual. Tomás, en la línea de Agustín de Hipona, es consciente de que la verdad no es patrimonio exclusivo de un grupo, secta o partido (menos aún del que uno pertenece), sino un camino que lleva a su inacabable profundización.

Hacer esta afirmación hoy en día casi se ha convertido en un tópico y hay mucha gente que no le da importancia porque considera que la verdad o no existe, o hay muchas verdades, o que quizás no importa la verdad, mientras pueda vivir tranquilo. Sin embargo, como señala el filósofo Byung-Chul Han, la crisis de la verdad es siempre una crisis de la sociedad. Sin la verdad, la sociedad se desintegra porque la información como mercancía sustituye a la verdad. Convertir nuestra enseñanza en una mera transmisión de información, de datos, o de técnicas contribuiría a una sociedad de personas sin sentido. En realidad, dice el filósofo coreano, vivimos en una crisis narrativa, porque son los relatos los que crean sentido y nos dan identidad. Según José Antonio Marina a todo proyecto educativo debe garantizar el fortalecimiento de los valores humanos y éticos en relación con el uso de la tecnología, priorizando la formación de individuos capaces de desenvolverse en la complejidad de la vida. En una época en la que la educación tiende a reducirse a un conjunto de habilidades y competencias, es fundamental rescatar la enseñanza orientada al desarrollo integral de la persona. Como nos decía hace poco en estas aulas el general Millán Martínez hablando de

la influencia de la IA en la estrategia mundial, al final de todo, la tecnología puede fallar, lo que no puede fallar es que las personas sepan distinguir entre el bien y el mal.

Para nosotros, como para Santo Tomás, el ideal de vida cristiano es el que anima nuestra comprensión del mundo y nuestra concepción del bien y del mal. De ahí que Tomás pusiera en práctica el ideal agustiniano y anselmiano de una fe que no se conforma con lo obvio y lo superficial, sino una fe que busca comprender.

Tomás se propuso mostrar la estructura inteligible de la fe, desarrollar su *lógos* interno, como si de la construcción de una catedral se tratase. De todo maestro medieval se esperaba una suma de teología donde se pusiera en ejercicio ese trabajo maravilloso. Rahner dijo en una ocasión que todo teólogo que se precie debería haber leído entera la *Suma teológica*. Ánimo, todavía estamos a tiempo.

Y la fe nos sitúa en el ámbito del sentido último de la vida. LA Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana del dicasterio para LA doctrina de la fe de hoy mismo, nos recuerda que una correcta concepción de la inteligencia humana, no puede reducirse a la mera adquisición de hechos o a la capacidad de realizar determinadas tareas específicas; sino que implica la apertura de la persona a las cuestiones últimas de la vida y refleja una orientación hacia lo Verdadero y lo Bueno. Al contrario que la IA, la inteligencia humana posee una dimensión contemplativa esencial, es decir, una apertura desinteresada a lo que es Verdadero, Bueno y Bello, más allá de cualquier utilidad particular.

Por todos estos motivos, en la Universidad Pontificia Comillas, no solo hay facultades o escuelas que tratan de problemas, de realidades objetivas que nos impiden avanzar si no ponemos en

práctica una técnica (porque a todos nos gusta que funcionen los ordenadores, los medios de transporte, la sanidad y hasta la caldera de nuestra casa), sino que, desde su fundación, ha mantenido, con sumo cuidado y hasta cariño, las facultades que tratan misterios, las realidades que más importan en la vida: la muerte, el sufrimiento, el mal, el dolor, el sentido, el destino, el amor, la libertad, Dios (el Misterio con mayúsculas que dota de misteriosidad a todo demás).

Porque todo lo que hacemos en la universidad quiere responder, en último lugar, al encargo que nos hace la Compañía de Jesús en su cuarta preferencia apostólica: acompañar a los jóvenes en la creación de un futuro esperanzador. Sí, una de las funciones de la universidad es precisamente ser capaz de crear esperanza y dar razones de su esperanza, es decir, explicar por qué nos comprometemos con el futuro. Esto forma parte de la espiritualidad ignaciana que anima esta universidad. La esperanza no es una nostalgia que surja la incapacidad de comprender el sufrimiento, sino que la esperanza, como señala Byung Chiul Han en “El Espíritu de la esperanza”, esta es una fuerza, un ímpetu. La esperanza no sabe lo que es darse por satisfecha, ni quedarse contenta. Es un estado de ánimo que define permanentemente la existencia humana. La esperanza nos invita a soñar despiertos, a soñar de día, dice él, que es tanto como soñar hacia adelante con la mente puesta en el futuro y haciéndolo en común. Una fuerte esperanza nos hace soñar despiertos las visiones de un mundo mejor. De hecho, la esperanza cristiana siempre ha tenido efectos revolucionarios en la historia cultural de las sociedades que la albergaron.

Esta esperanza se construye entre todos. Os invito a vivir nuestra tarea investigadora, docente, de estudiantes, o de trabajo en los diversos servicios que hacen que la universidad funcione con

eficiencia con esta aspiración de la búsqueda de sentido y de dar razón de nuestra esperanza en todo lo que hacemos.

Y por eso hoy estamos aquí, celebrando lo que nos une, nuestros logros académicos en los nuevos doctores, los años de servicio, sean 25 o 40, el reconocimiento de la excelencia en los premios extraordinarios. Al celebrar Sto. Tomás, nos volvemos a contar quiénes somos, quiénes nos importan, quiénes son nuestros héroes y heroínas, cuáles son nuestros deseos, quiénes son aquellos por los que trabajamos. Estas actitudes, creencias y valores, como dice Simone Weil, conectan pasado y futuro, que es lo que estamos haciendo hoy en un acto magnífico porque echar raíces quizá se la necesidad más importante e ignorada del alma humana y añade “todo ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro”.²

² Simone Weil, *Echar raíces (L'Enracinement)*, Madrid, Editorial Trotta, 1996 (1943).



Discurso Acto solemne en la festividad de Santo Tomás de Aquino

28 de enero de 2025 | Alberto Aguilera, 23 | Madrid

